

Otra vez pareció el señor de Delo,
Y hizo en nuestro mundo su jornada,
Y otra segunda vez se vistió el cielo,
De su luciente fábrica estrellada,
Sin que el Marqués siguiese al reyezuelo,
Creyendo que su ira convida
Bajar del monte al llano le haría,
Visto que tanto en él se detenía.

Mas en tanto que allí se detuvieron,
Los moros á la mira se quedaron,
Sus hijos y mujeres traspusieron,
Vitalla escondieron y quemaron;
De los nuestros algunos que antevieron,
La verdad, el tardarse condenaron;
El Marqués está firme en su decreto;
Que á las veces se engaña el mas discreto.

Ya cuando Febo en el siguiente dia,
Los mares plateó, y doró la tierra,
Nuestro famoso ejército partía,
En orden puesto y en ardid de guerra;
No dos millas cabales marcharía,
Cuando sobre un recuesto de la sierra
De moros pareció gran muchedumbre
En ala, como tienen de costumbre.

Con grita y algazara resonante,
Su engañador profeta apellidando,
La vanguardia acometen al instante,
Que no estaba otra cosa deseando;
Tocabate á don Pedro el ir delante,
Con sus banderas, claro y fuerte bando;
Y así, se comenzó de aquella parte
Heróicamente el furibundo Marte.

El tirano los suyos animaba
Diferenciado en todo y conocido,
Así por el guion que ante él andaba,
Como por el color de su vestido;
De alcades escudron tras sí llevaba,
Y capitanes de su patrio nido,
Con los turcos y moros señalados
En cargos y valor por mas soldados.

Al mismo punto que con fuerza rara
Da la vanguardia en los contrarios fieros,
Los embiste el marqués de la Fabara
Con sus muy esforzados ventureros;
Aqui y allí se hierre y se repara;
Bien se muestran de todos los aceros;
Que ya nuestra batalla y retaguardia
Comenzaba á ayudar á la vanguardia.

De tal manera nuestros escudrones
Representaron la cruel batalla,
Que eligieron las bárbaras naciones
El remedio mas vil para dejalla;
Y á los que al embestir fueron leones,
Al retirarse son triste canalla,
Y buscan, temerosos y esparcidos,
La aspereza y lugares escondidos.

Como si del azogue deleznable
Alguna cantidad fuese vertida,
Iria por tierra con rodar instable,
En partes infinitas dividida,
Así fué aquella gente abominable
Rota, desordenada y repartida;
Huyen su perdición casi notoria,
Dejando en nuestras manos la victoria.

Mas el de la Fabara, no contento
Del refran que les dá puente de plata,
Hace apriesa anegar en rio sangriento
A muchos dellos que alcanzando mata;
Don Diego el de Fajardo, con aliento
Y furia de leon que se desata,
Sigue el odioso bando fugitivo,
Haciendo prueba de su esfuerzo altivo.

Abenhumeya, rotos sus vasallos,
Queriéndose escapar la sierra arriba,
Salió con solamente ocho caballos
Que la aspereza ya del curso priva;
Y así, tuvo por bien dejarretallos
Para huir á pié la sana esquiua
De los dos caballeros que en alcance
Le van á mas andar en aquel trance.

No pareció al de Vélez conveniente
Seguir los enemigos cautelosos,
Por tierra que caballos no consiente,
Que son al pelear tan provechosos,
Aunque es impedimento mas urgente
Faltar los bastimentos mas forzosos;
Necesidad precisa que refrena
El mas pujante orgullo, y le condena.

Quando el hermoso hijo de Latona
El hemisferio bajo calentaba,
El inclito Fajardo no perdona
Su cuerpo, ni al reposo se entregaba;
Antes, aventurando su persona,
Con docientos caballos caminaba
Hacia la Calahorra, á do creia
Que vitalla á punto hallaria.

Porque así al hijo de Austria con instancia
Se lo habia desde Adra ya pedido;
Mas la falta de recuas y distancia
Tal prevención habian impedido.
Volvió al campo el caudillo de importancia,
Y hallóse alojado y repartido
Dentro en Valor el bajo, y en el alto
De provision y de contento falto.

El Marqués á su ejército promete
Que estará en abundancia con presteza
Y marchando otra vez, con él se mete
En Calahorra, casa y fortaleza
De los marqueses nobles de Cenete,
Patrimonio otros tiempos y riqueza
Del traidor Julian, por cuya saña
Ganaron los alárabes á España.

Allí vino el sustento necesario
Por Adra, que antes se llamaba Abdera;
Mas como ni el ejército contrario
Rindió con el huir la cerviz fiera,
Ni el nuestro á su valor extraordinario
Pudo satisfacer como quisiera,
El moro se rehizo en dos momentos,
Y los nuestros quedaron descontentos.

No osa el Marqués un punto desviarse,
Porque le llegan nuevas cada hora
De que la tierra quiere levantarse
De Guadix, Baza y rio de Almanzora;
Filabres tambien quiere rebelarse,
Y el Boloduy, alzado, ya empodera
Las sospechas temidas y fundadas
De plazas de cristianos mal armadas.

Pero la ociosidad y la tristeza,
La falta de no estar bien alojado,
Causó de enfermedades tal graveza,
Que en breve fué el ejército deznado,
No puede acá engendrar naturaleza
Cuerpo tan achacoso y delicado
Como es un campo junto, aunque se vea
Que del cada soldado un roble sea.

Oféndete del aire la mudanza;
A veces mudar agua mas le empece;
Causale el frio recia destemplanza;
Falta de sueño y camas le entorpece;
Y lo que aumenta mas su mala andanza,
Es que cualquiera mal de que adolece
Se arraiga luego y vuelve contagioso,
Y así, cualquiera es grave y peligroso.

Y como destó es fin y paradero
Motín escandaloso y desrancharse,
Era caso afrentoso y lastimero
Ver cada dia el campo aniquilarse;
Finalmente, al castigo, aunque severo,
Tanto vinieron á desvergonzarse,
Que juntos cuatrocientos se conjuran,
Y el paso, en orden puestos, apresuran.

Con desesperación descomedida,
Puestas las mechas en las serpentinias,
Quiéren aventurar honor y vida
Por dejar las contiendas granadinias;
Mas don Diego Fajardo se convida
A impedir violencias tan indinas,
Y sale en escudron de mano armada
A hacelles que dejen la jornada.

Requíreles que vuelvan, y protesta
Que donde no, los pasará á cuchillo;
Mas ellos no le dan otra respuesta
Sino un arcabuzazo y mal herillo;
La gente que con él iba dispuesta
Al mismo insulto, deja de seguillo,
Y pásase la mas con odio esquivo
Al bando amotinado y fugitivo.

Don Diego fué á vol verse constreñido,
Y corrió de la vida riesgo extraño;
Quédole un brazo manco y encogido,
Injusto premio de valor tamaño.
Así vino el ejército temido,
A reducirse casi al final daño,
Y á estar dentro en lugar bien trincheado,
Suspense, receloso y desvelado.

Del ser soldados viejos solamente
El nombre á los de Nápoles detuvo,
Y la particular ilustre gente
El ser del General en pié mantuvo;
Mas el Supremo, que esto cuida y siente,
A Baza con mil hombres por bien tuvo
Viniese el fuerte Luna á paso largo,
Dejando de la Vega en otro el cargo.

Sucedióle á este tiempo en el oficio
Que de ser general della tenia,
Aquel Marte en el hélico ejercicio,
Que Manrique se llama y don Garcia;
El cual con hado á su virtud propio
Con nuestros enemigos se vio un dia,
Y como felicísimo caudillo,
Gran daño les causó sin recibillo.

Mas el Abenhumeya, envanecido,
Con siete mil infantes campeaba,
Y algunos de á caballo, á quien partido
Solo por vanagloria entonces daba;
Corria disoluto y atrevido
Desde allá donde el mar la tierra lava,
Casi hasta los muros granadinos,
Esparciendo de sangre los caminos.

Los moros del Padul se rebelaron,
Haciendo estrago duro y lastimero,
Tambien los de Jerjal armas tomaron
A persuasión del mal Puerto Carrero;
Al cual después sus culpas entregaron
En manos del insigne caballero
Que de Tendilla dignamente es conde,
Por lo bien que á los suyos corresponde.

Estaba en el Alhambra de Granada,
Por el ausencia de su padre caro,
Con la tenencia que le dió ampliada
El rey Fernando al bisabuelo raro;
Fué al fin por su mandado ejecutada
La sentencia con voz de pregon claro,
Y las carnes del moro consumidas
Con tenazas crueles y encendidas.

Cerca del rio de Alboloduy, que es paso
Desde Guadix y Baza al mar de Atlante,
Se tuvo nueva cierta de un fracaso
Y que el remedio presto era importante;
Porque un poder y número no escaso
De moros se aumentaba cada instante,
Y tal, que si se unia al otro campo,
Señor pudiera ser de todo el campo.

Era del reino el daño tan crecido,
Y el mal tanto se habia apoderado,
Que parecia cuerpo corrompido
Del formidable morbo afrancesado;
El cual, mientras un miembro es guarecido,
Otro y otro descubre inficionado,
Que el arraigado humor le contamina,
Haciendo inútil arte y medicina.

Tambien lo era en el pueblo granadino
Para fiebres curar pestilenciales;
Y así, estaban poblados de continuo,
Mejor que las banderas, hospitales;
La corrupción del aire á engendrar vino
Enfermedades y dolores tales,
Que mas cuerpos reducen á la tierra,
Que la violenta furia de la guerra.

Partió de Calahorra una mañana
Fajardo, y por vanguardia el de Padilla,
Lleva su guarnición napolitana,
Amparo valeroso de Castilla;
Marchando en orden llegan á Finana
Después que del zenit el sol se humilla,
De donde nueve leguas se contaban
Al pueblo en que los moros se alojaban.

La distancia y haber forzosamente
De pasarse el torcido y caudal rio,
Muchas veces causó otro inconveniente,
Aunque en marchar el campo no es tardío;
Y así, no fué posible humanamente
Llegar antes que el sol el aire umbrío
Venza; y así, la luz les fué importuna,
Como en las Albuñuelas al de Luna.

En este tiempo la francesa saña,
Que los antiguos odios nunca olvida,
Dicen que, recuestada de Bretaña,
Provincia que su Dios y fama olvida,
Trataba de asaltar la fiel España,
Que ser debiera della socorrida;
A tanta ingratitud y sinrazones
Transportan á los hombres sus pasiones.

Del flamenco distrito los soldados
Con mayor libertad y violencia
Andaban en sus tratos obstinados,
A Dios y al Rey negando la obediencia;
Mas ya los comisarios enviados
Al pueblo que á san Marcos reverencia,
A vista llegan del, corriendo á remo
El mar, entonces calma por extremo.

La proa en tierra ya tocado habia
Y en ella los ministros que el tirano
Enviaba saltaron sin porfia,
Mas que si de algún rey fueran cristiano;
Cuando la antigua y libre señoría,
Sujeta indignamente al otomano,
A oillos fué á juntarse en el Senado,
Temiendo algún mensaje no pensado.

CANTO XII.

Pone el turco en ejecución el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazón se aventura el reyezuelo en un recuento que tuvo con el de los Vélez, el cual dá la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagemas para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte.

Socorre pues tu barca, que se anega,
Divino Pedro, y si al impio santo,
Como es verdad, jamas del mundo llega
Noticia que doler pueda algún tanto,
Al eterno Maestro aplaca y ruega,
Por el dolor y fuerza de aquel llanto
Que tu conciencia y fe purificaba
Mientras la redención se celebraba.

Que se acuerde, pues nada se le olvida,
De la Iglesia, su cara y dulce esposa,
Por quien un tiempo, á costa de su vida,
Venció al pecado en guerra sanguinosa,
Y agora está penada y alligida,
Con voz triste y figura lagrimosa,
Quejándose en acentos piadosos,
Cercada de contrarios cautelosos.

Mas, oh vigilantísimo barquero,
Que ni á ti falta punto en suplicallo,
Ni al trino consistorio verdadero
Propicia voluntad de remediallo;
Y así, devotamente considero,
Antes por cierta fe investigo y hallo
Que la invidia cruel cierra la puerta
Al bien, que está de empar por Dios abierta.

Esta furia infernal, rabiosa, insana,
Que oprime los humanos corazones,
Sin duda de las tres es cuarta hermana,
Madre de agravios y de sinrazones;
Es injuria sacrilega, profana,
Arpia infausta de tribulaciones,
Que siempre contamina los manjares,
Por dar y recibir tristes pesares.

¿Quién, sino aquesta, fué en mover con ira
La despiadada y truculenta mano
Del nieto de la tierra, que se mira
En la inocente sangre del hermano?
Quién de la Iglesia en fin la paz retira?
Quién hace poderoso al otomano.
Sino este monstruo pérfido, que al suelo
Hace infierno, apartándolo del cielo?

¡Oh católicos reyes y potencias
Cristianas! baste ya la exorbitancia;
Fenezcan las odiosas diferencias,
Mueran la emulación y la arrogancia;
Que, si quereis renidas competencias,
Sujetos se os ofrecen de importancia,
En que podais tenellas y mostrallas
En justas y legítimas batallas.

Aquella verdad cierta y poderosa
De la ley que enseñó el Verbo divino,
La rueda de los cielos presurosa
Hará parar, y al sol en su camino,
En favor vuestro, oh gente religiosa,
Si contra el obstinado desatino
De las erróneas sectas se moviere
Todo vuestro poder, cual Dios lo quiere.

Y las naciones bárbaras, vencidas,
Sentirán de su error la justa pena,
O con el santo ejemplo convertidas,
El mal conocerán que las condena,
Y con cerviceras blandas y rendidas
Humildes se vendrán a la melená
Y al fuego de la fe, en que Dios se mira;
Verán que lo demás todo es mentira.

Estaba aquel senado ilustre y pio
Junto por se informar del caso incierto,
Cuando un cartel de nuevo desafío
Así los amenaza al descubierto:
«De nuestra excelcitud el poderío,
Señores venecianos, ya os es cierto,
Pues no hay en todo el orbe de la tierra
A quien no admire en paz y espante en guerra.

»Por tanto, aunque probar fácil sería
Que Chipre es vuestro por derecho injusto,
Baste por prueba la sentencia mía,
Y por debida ley mi propio gusto,
Para que con decente cortésia
El reino me entregéis, según es justo,
Y de mi saña así os guardéis en esto,
Que os valga mi clemencia en todo el resto.

»No se os antoje que es partido duro,
Ni el ánimo os engañe en lo presente,
Si pretendéis descanso en lo futuro,
Como hacello debe el que es prudente;
Pues cuando el vado corre mal seguro,
Sana cosa es buscar lejos la puente,
Y en dos peligros, medio es sin engaño
Abrazar cuerdamente el menor daño.

»Y del mayor ninguno se despida
Si conmigo quisieredes batalla;
Preciaos de que Selim á Chipre os pida,
Siéndole facilísimo tomalla,
La suma de oro que nos es debida
En esto nos agrada conmutalla:
Ateorad allá vuestro dinero,
Que no lo he menester; á Chipre quiero.

»Si mas de una ciudad bien torreada
Fué por contrato y amigable prenda
A mi padre carísimo entregada,
Porque él la quiso mas que otra hacienda,
No debe ni ha de ser diferenciada
Mi persona en negocio que pretenda:
No soy mas que mi padre codicioso,
Ni menos respetado y poderoso.»

Esta resolución luciferina
Atómicos dejó los circunstantes,
Como al romperse la profunda mina
Con llamas y tumultos resonantes,
Suelen quedar algunos que vecina
Su muerte y perdición tuvieron antes,
Y con el espantoso desengaño
Nueva celada temen, nuevo daño.

Remítase á rotar la causa odiosa
Con todo el órden que se requiera,
Habiendo de volarse, pues tal cosa
Aun solamente oírse no debía;
Abierta pues la suerte numerosa
Que los incluidos votos contenía,
Se averiguó que, excepto solo uno,
Se resolvieron todos de consuno.

Que si contra la fe y el juramento,
Contra la antigua paz y santo fuero,
Selim venir quisiere en rompimiento
Con quien amor le tiene verdadero,
Hacello puede, no de pena exento,
Pues Dios es poderoso y justiciero,
De los humildes padre, y tan amigo,
Cuanto de los soberbios enemigo.

Y que si el poder de Asia se moviere
Contra Chipre, hará Venecia cuanto
Sobre el arduo negocio se requiere,
Sin perdonar á gastos ni quebranto;
Así que, si por fuerza el reino quiere,
No piense conquistallo con espanto,
Sino con tiempo, hierro, sangre y fuego,
Y con peligro de perder el juego.

Apenas la respuesta resoluta
Llegaba á la ciudad de Constantino,
Cuando, sin otro acuerdo ni disputa,
Se concluyó lo que antes se previno;
Mas es la potestad tan absoluta
Del Turco, que podrá juntar con tino
Tan presto sus armados escuadrones
Como otro tiempo Roma sus legiones.

De Grecia, de Antioquia y Natolia,
Al momento acudió gente de guerra,
Con la de Egipto, y toda la Suria,
Y cuanto la felice Arabia encierra,
Y quedó prevenido en Tartaria
El aspero cantón de aquella tierra,
Para salir si necesario fuese
Al tiempo que á Selim le pareciese.

No vinieron las bárbaras naciones
Con las rústicas armas que ya usaron,
Ni aplicando la brasa á los carbones,
En el tostar las astas se ocuparon,
Ni del curado lino los cordones
Para formar las hondas religaron;
Que ya nuestros pecados y el infierno
Soldados los han hecho á lo moderno.

Embarcan munición y artillería,
Fuegos para arrojar artificiales,
Y cuanto, en fin, la sed de tiranía
Ha sabido forjar de los metales;
Las ondas del Egeo ya henda
La armada con dos turcos generales,
Piali de mar, y Mustafá de tierra,
Crudos ministros de la cruda guerra,

Ambos bajáes, ambos renegados,
Este charques, y aquel panomo fiero,
Ambos de estrecha afinidad ligados
Con el mismo Selim bravo y severo.
Ya pues iban por alto mar sembrados,
Representando al vivo un bosque entero,
Los bajeles del Turco prepotente,
Y el viento les soplabá lentamente.

Pasado habiendo del famoso estrecho
Que puso fin al fuego y los amores
De aquel que con justísimo derecho
Merece el primer mirto entre amadores,
A Tenedos llegaron, que, á despecho
Del tiempo, los antiguos escritores
Celebran, porque allí el engaño griego
Urdió la trama del troyano fuego.

Después pasaron por la dulce Xio,
Hermoso nido de la hermosura,
Y de allí fueron por algún desvío
Al puerto de Sobraza, inculca y dura,
Donde hay un bosque altísimo sombrío
Y horrible con selvática espesura,
Que bien sintió el destrozado en pocas horas
De las turquescas hachas cortadoras.

Los árboles antiguos, vacilando,
A la importuna fuerza se rendían,
Y los turcos, el verde suelo arando,
Con ellos en la armada los metían;
Vinieron muchas veces y tornando,
Trujeron tantos como convenían
Para hacer bastiones y trincheas,
Pertrechos para sitios y peleas.

Luego pues que, soplando cierzo frío,
Volvieron al viaje mas derecho,
De Samo se hallaron en el río,
Que ya es deshabitada y sin provecho;
Hicieron agua, y con remar tardío
Pasaron un canal que allí hay estrecho;
Llegan después á Longo, y luego á Ródas,
De aquellas islas la mejor de todas.

Llave de Europa fué en nuestra defensa,
Y aun lo pudiera ser cumplidos años,
Si las civiles guerras con ofensa
De Dios, no abrieran puerta á tantos daños.
¡Oh España, oh Francia, cómo se dispensa
A vuestra costa el bien de los extraños,
Habiendo dado á pérdidas naciones
Sangre á beber de vuestros corazones!

Si pudieron un tiempo las sabinas
Confederar sus padres y maridos,
Y de las armas crudas y sanguinas
Hicieron resultar bienes crecidos,
¿Cómo leyes humanas ni divinas
No os movieron entonces los sentidos
A procurar la gloria eterna y rara
Que de la paz bendita resultara?

Fuera ejemplo de fe, que memorable
En siglos por venir permaneciera,
Y confusión del bando abominable
Que en su obstinada secta persevera,
Remedio para el caso lamentable
De aquella religion noble y guerrera
Que seis meses sostuvo la increíble
Fuerza de Soliman, turco terrible.

Y en negocio que tanto se arriscaba
Vosotros dilatasteis la porfia,
Que al turco vuestra guerra aseguraba,
Y á Ródas la esperanza entretenía;
Mas ¡ay! que en ello el bárbaro acertaba,
Y vuestra parte engaño recibía
Con pena, con afán, con violencia,
Sufriendo asaltos, hambre y pestilencia.

¿Qué diré del partido fraudulento,
Oh injusto Soliman y descreído,
Despreciador infame y avariento
De lo por ti jurado y prometido?
Dime, scita cruel, ¿qué fundamento
Tu honor afirmará mal adquirido,
Si en el soberbio golfo de tu ira
A la verdad anega la mentira?

No hay, en fin, policía ó trato humano
Donde falta la fe cándida y pura,
Y mal podrá tener quien no es cristiano
De hidalguía claridad segura,
Que á su ley el Maestro soberano
La honra consignó por orladura;
Y así, de la virtud no hace ausencia,
Y siguela cual sombra á su existencia.

Sin ley pues, sin verdad y con engaño,
Ganó la isla el crudo bizantino,
Y la nobleza invicta sintió el daño
Cuando ya de salud no vió camino.
Ingrata paga por valor tamaño,
Por tanto bien servir martirio indino,
Oh caballeros santos y valientes,
Se os tió por mano de tan viles gentes.

Siendo vosotros religiosos puros
Del precursor de Cristo verdadero,
Y antigua fortaleza de sus muros,
Oh gran Jerusalem, sagrario entero,
Y siendo aquellos que á los golpes duros
De Mahometo rayo y terror fiero,
Intrepidos hicistes vituperio
Cuando temblaba el orbe de su imperio.

Mas no por eso con lamentos tristes
Merecen vuestras muertes ser lloradas,
Pues á la fama voz y aliento distes
Para que siempre fuesen celebradas,
Y á descansar ufanos os subistes
A las regiones bienaventuradas,
Donde no hay frío ni calor ni guerra,
Trabajos duros de la dura tierra.

En aquel tiempo Carlos victorioso,
Aunque por Ródas de congoja lleno,
Sus reliquias guardó como piadoso
Padre de religion, augusto y bueno,
Y allí las trasplantó, donde famoso
Por ellas hace Malta al mar Tirreno,
Y las armas del turco aborrecidas
Son poderosamente rebatidas.

Allí virtud, nobleza y obediencia
Hacen resplandecer la disciplina
De justas armas y alta competencia,
Por quien al claro templo se camina;
Y no se ofrece guerra ó diferencia
En campo yermo, golfo ni marina;
No hay fuerte sitio donde heroicamente
La blanca cruz su gloria no acrecienta.

Por cinco largos siglos vuelta ha dado
El tiempo, que consume grandes cosas,
Después que en Asia pareció fundado
Este edificio en horas venturosas,
Y eternamente dé él han resultado
Católicas proezas y famosas,
Dignas de historia célebre y cumplida,
De poderoso rey favorecida.

¿Qué es esto, pluma mía licenciosa?
¿Por qué una digresion así ampliaste?
Mas ¡ay! que la civil y dolorosa
Guerra salió al camino que dejaste.
Volvamos pues á él la voz llorosa,
Que bien dará sugeto que nos baste
Para quejarnos de la suerte dura
Y de la selimnesca fe perjura.

Ya por el ancho mar de la Suria
Iba nadando la turquesca armada,
A vista de la isla que solía
De los gentiles ser tan celebrada;
Aqui, dice la antigua poesia
Que la madre de amor fué enamorada,
Y que nació la hija incestuosa,
Que fué al hermano madre, al padre esposa.

En este reino ya tambien es fama
Que sucedieron las desgracias duras
Al desdenado amante y cruel dama,
Solo conformes en las desventuras.
¡Oh crudo, oh ciego amor! ¿A qué tu llama
No fuerza á las humanas criaturas?
Cuando en contrario della hielo infundes,
Y con extremos tales las confundes.

El uno se enlazaba la garganta
Por salir de la vida y la cadena,
La otra así le mira, y no quebranta
La saña, antes se alegra de su pena;
¿Qué ley sufrió jamás sin razon tanta
Que adore un corazón quien le condena,
Y sean la afición y odio de muerte,
Que á entrambos los conduzgan á la muerte?

Mas dejando los casos que aplicados
Le han sido, fabulosa ó ciertamente,
Chipre está puesta á treinta y cinco grados,
Y hiérela con fuerza Apolo ardiente;
Es abundante en mieses y ganados,
En generoso vino y excelente,
Y Pomona le da con larga mano
Los muy sabrosos dones del verano.

Al norte dista la Caramania
Sesenta millas, y hacia el levante
Está poco mas lejos la Suria,
Que Siria se llamaba la pujante;
Egipto se ve estar á mediodía,
Al occidente Ródas la importante,
Y es bañada tambien por este lado
Del mar que de Panfilia es hoy llamado.

Docientas y diez millas de longura,
 Y cinco que se añadan á sesenta,
 Por ancho tiene, y toda en su figura
 Viene á bojar quinientas y cincuenta.
 Vivía pues en ocio y en blandura
 Allí la gente rica y avarienta,
 Dando á su modo desiguales leyes,
 Como si de los pobres fueran reyes.
 Y la pobreza triste y abatida
 Era por diabólica costumbre
 Tan rigurosamente constrenida,
 Que era ya esclavitud la servidumbre;
 Así que, en dos extremos dividida
 Estaba toda aquella muchedumbre,
 Y como entre ellos no se diese medio,
 El pobre lo era siempre sin remedio.
 Mas al uno, soberbio con su renta,
 Y al otro, conhortado en sus afanes,
 Les era estar en paz vida contenta
 Sin nuevas aventuras ni desmanes;
 Jamás les incitó guerra sangrienta,
 Ni todo cuanto anduvo Magallanes,
 A trocar el pacífico reposo
 Por la fama del hombre mas famoso.
 Y así, aunque de Venecia les había
 Con diligencia guarnición venido,
 Y la nueva que cierta se entendía,
 Pudiera en parte habelles prevenido,
 Erraron el negocio el primer día,
 Y fué su perdimiento conocido,
 Que son las armas recio contrapunto,
 Donde se yerra todo errando un punto.
 Viendo acercar las velas otomanas
 Los cipriotas miserios turbados,
 No salieron con salvas inhumanas
 A resistir los turcos denodados;
 Antes, dando entre sí causas livianas,
 Perplejos se estuvieron encerrados,
 Perdiendo el tiempo en parlamentos vanos
 Cuando mas menester fueran las manos.
 De suerte que llegar pudo la armada
 A parte donde el mar lento batía,
 Y con líneas de espuma plateada
 En mas segos reflujos se encogía.
 Los turcos, como en tierra conquistada,
 Visto que nadie se lo defendía,
 Dieron ligero salto en el arena
 Con tumulto que en torno el aire atruena.
 Piali queda en la armada presidiendo,
 Y Mustafa á ordenar sus escuadrones
 Ya comienza, ya marcha, ya cubriendo
 El campo va de bárbaras naciones.
 Ay de ti, Nicosia, que, sintiendo
 De tu cercano mal las ocasiones,
 Te lamentabas de tu esquivada suerte,
 Cual blanco cisne al tiempo de su muerte!
 El agareno campo descreído
 Puso á la gran ciudad sitio espantoso
 Por la banda que Febo esclarecido
 Su rayo nos esconde luminoso;
 Mas entre tanto, el hijo no vencido
 De Carlos Quinto emperador famoso,
 La multitud persigue rebelada
 Del áspero contorno de Granada.
 Notable espacio há ya que frente á frente
 Traté que los dos campos se opusieron;
 Y así, debo contar forzosamente
 Del arte que las cosas sucedieron,
 Aunque al valor de España preminente
 Los sucesos allí no respondieron,
 Y la vergüenza deste caso impide
 Aquello que la fuerza á voces pide.
 Luego que nuestro bando descubrió
 Del enemigo fué desde unas hayas,
 Segun estaban hechos de concierto,
 Fueron dando señal las atalayas;
 De mano en mano por el aire abierto
 La llama señaló lucientes rayas,
 Y pónese la gente apercebida,
 Unos en arma y otros en huida.

Los que inútiles son para la guerra
 Por sexo ó por edad, iban huyendo,
 Y no á todos el miedo los destierra,
 Que parte hace rostro en ira ardiendo;
 El inclito Marqués al punto cierra,
 Con su caballería acometiendo,
 Porque tardaban los demás soldados,
 Sin ser mas en su mano, de cansados.
 Los moros, hecha poca resistencia,
 Fingen huir dejando gran despojo;
 Nuestros jinetes, faltos de prudencia,
 Y ciegos con tan rica presa al ojo,
 Con menos discrecion que diligencia
 Comienzan á cargar segun su antojo,
 De niños, de mujeres, de bagajes,
 De alhajas nuevas y moriscos trajes.
 El sabio general pretende en vano
 Que dejen al momento el embarazo;
 Revuelve en esto el pérfido tirano
 Con toda la pujanza de su brazo,
 Y hierde de manera en el cristiano,
 Que hace de sus cuerpos gran ribazo,
 Y el que libra mejor de la contienda
 Acuerda de volver presto la rienda.
 Puesta en desórden la caballería,
 Atrás á largo paso se tornaba
 Para juntarse con la infantería,
 Que hacía los contrarios caminaba;
 Juntanse en breve, y la morisma impla
 Traba con ellos competencia brava,
 Y comenzando en ella á mejorarse,
 A los nuestros conviene retirarse.
 Retranse á lo raso peleando
 Con buen órden y parte de la presa;
 Pero la multitud les va cargando
 A trechos, de manera que les pesa;
 En fin, algun decoro conservando,
 Aunque perdido el premio de la empresa,
 Se vino á recoger dentro en Fiñana
 El campo de la gente castellana.
 Agramente Fajardo reprehende
 De la gente comun la vil codicia,
 Y dice ser escándalo que ofende
 La heroica presuncion de la milicia;
 Mas da la vuelta á Baza, porque entiende
 Que allá el tirano orgullo y la malicia
 Podía enderezarse fácilmente,
 Por tener el de Luna poca gente.
 Mas lo que resultó de su llegada
 Fué el irse don Antonio en el momento
 A servir sus oficios en Granada
 (Dicen que no sin causa y fundamento);
 Porque era cosa muy averiguada
 Ser el de Vélez en el tratamiento
 Para con las cabezas tan altivo,
 Que muchos le juzgaban por esquivo.
 Mas el Abenhumeya, libertado
 Y sin contradiccion, sobre Adra viene,
 Entendiendo hallar desamparado
 El lugar; pero está como conviene.
 Pasa después á Verja denodado;
 Mas, como guarnicion bastante tiene,
 Otra resolución tomar le place,
 Que mas á sus intentos satisfice.
 La tierra del Marqués corre, y maltrata
 El lugar de las Guevas deleitoso;
 Los alegres estanques desbarata,
 Y siembra en los jardines fuego odioso;
 El agua pura, de color de plata,
 Se esparce y vuelve de otro polvoroso;
 Muere el pescado y arden las frescuras;
 Crujen las llamas con el humo escuras.
 En fin, el sitio dulce y aplicado
 A honesta recreacion gran tiempo había,
 Era traído á miserable estado,
 Y tal, que á piedras ablandar podia;
 Mas, de las bravas furias incitado,
 Hartar su crueldad jamás podia,
 Y así miraba el fuego Abenhumeya,
 Cual Nero miró á Roma, de Tarpeya

Nunca el terno cruel de las arpias
 Amancilló las mesas de Fineo,
 Ni con gorgónea sangre las impias
 Tierras de Libia emponzoñó Perseo.
 Tanto como el tirano aquellos dias
 Dañó la quietud, precio y arreo
 De todas las personas y lugares
 Por donde discurrió dando pesares.
 Habiendo á Vélez pues acometido,
 Dió la vuelta á Andarax, y allí de asiento,
 Como de la fortuna favorito
 Y asegurado, residió contento;
 Visto que su poder se había extendido,
 Osaba con mayor atrevimiento
 Hacer á sus vasallos opresiones,
 Conforme á sus perversas condiciones.
 Palabras blandas, condiccion severa,
 Rigor disimulado hasta el hecho,
 Queriendo por él gracias cual si hubiera
 Algun notable beneficio hecho;
 Los dias y hacienda de cualquiera
 Contaba, alimentando el hondo pecho
 De una codicia ardiente insaciable,
 En el mal firme y en el bien mudable.
 Al que entendia destruir trataba
 Con halago aparente y lisonjero;
 Para negocios arduos le llamaba,
 Haciéndole en consejos compañero.
 Tal era Abenhumeya, aunque no daba
 Indicios desto en su vivir primero,
 Ni mientras don Fernando fué su nombre;
 Mas el cargo mostró cuál fuese el hombre.
 Con todo, no faltaba quien le diese
 De veras á entender que era rey bueno,
 Ni engaño para que él se lo creyese,
 Aunque era de lo cierto tan ajeno;
 Mas, como sin enmienda procediese,
 Comenzó el vulgo á murmurar sin freno
 De su mala intencion y peor gobierno,
 Guardándose mas del que del infierno.
 Tomaron contra él atrevimiento
 El Nacoz allá en tierra de Granada,
 Maleque en la de Baza, y al momento
 Jiron junto á Almuñecar cultivada;
 En la de Vélez el Carral violento,
 Mojarar en el rio de la osada,
 Almería, y allá en el de Almanzora
 Cunun hace lo mismo en esa hora.
 Farax se le torció, con haber sido
 De sus mas principales valedores;
 Ni solo vino á ser aborrecido
 De los moriscos grandes y menores;
 Mas aun de aquellos turcos que traído
 Había por seguros defensores,
 Y de los berberiscos: en tal grado
 Fuerzas la indignacion había tomado.
 Estas son causas por la mayor parte
 Que preceden al fin y desventura
 Del tirano que sube por mal arte,
 Si en todo no le sobra la cordura;
 Mas él en armas se juzgaba un Marte,
 Y otro César Augusto en la ventura,
 Tardando en remediar hasta su daño,
 Su perdicion nacida deste engaño.
 Y así, espaciosamente determina
 De asolar á Motril, lugar armado,
 Mas grande, llano y puesto á la marina,
 Y no difícil para ser entrado;
 Quiso engañar á la progenie austrina;
 Y por hacelle estar mas sin custodia,
 Fingió, dando principio á sus cautelas,
 Que iban los turcos á las Albuñuelas.
 Fingió que á regalarse en la abundancia
 Del valle de Leclín los enviaba,
 Y á moderar la furia y arrogancia
 Que en los mas declarados se mostraba;
 Si alguno en su amistad tenia constancia,
 Y del sencillamente se fiaba,
 Era Abdalla Abenabo su pariente,
 A quien dijo en secreto lo siguiente:

«Primo mío, linaje esclarecido
 De aquel profeta máximo agareno,
 Que mi alcaide de alcaides habeis sido,
 Y sois para mayores cargos bueno
 Mañana, cuando el sol haya salido
 Todos los turcos de mi campo ordeno
 Que salgan fuera del, y así pretendo
 Que vayan solo á vos obedeciendo.
 »Hacia Val de Leclín iréis con ellos
 Mas si ocasion me ofrece mi destino
 Con tiempo la tendré por los cabellos,
 Y darse os ha otro aviso en el camino;
 El cual siguiendo al punto vos y ellos,
 Convocaréis del sitio convecino
 Toda la gente que posible fuere,
 Y apriesa marcharéis donde os dijere.
 »Trayendo virtualia prevenida
 Para seis dias abundantemente,
 Mas ya de la tiniebla aborrecida
 Limpiaba el aire el sol resplandeciente,
 Cuando Abenabo hizo su partida,
 Acudillando la turquesca gente,
 A Cadiar van á punto y son de guerra,
 Vestidos á la usanza de su tierra.
 Apenas la nacion fiera y extraña
 Llegó al lugar, y el claro ardor febeo
 A bañar se bajo en el mar de España,
 Cuando los alcanzó un falso correo,
 Con órden que al alcaide desengaña
 De que su primo y rey tiene deseo
 Que á Micina, su patria, en el momento
 Se vayan á hacer alojamiento.
 Aquí se ofrece un caso hazñoso,
 Y no se excusará el tratar de plano
 El trágico remate y fin penoso
 Del mando y de la vida del tirano;
 Que, puesto que el haberse hecho odioso
 Pronosticaba su morir temprano,
 La causa que en materia tan dispuesta
 Obró sus daños, fué en efeto aquesta.
 Entre las viudas que la guerra esquivó
 Había hecho, del morisco ultraje,
 Una quedó gallarda, moza, altiva,
 Igualmente hermosa y de linaje;
 No fué la griega Elena mas laciva
 En ojos, ademán, postura y traje;
 Era en tañer, bailar y cantar diestra,
 A su costumbre arábiga y la nuestra.
 El peligroso don de ser tan bella,
 Junto con los donaires que tenía,
 Un primo suyo hizo arder por ella,
 El cual Diego Alguacil por nombre había;
 Pues como el corazon que estaba en ella
 No fuese roca ni de nieve fria,
 Sin gran negocio prefirió la dama
 Los tratos amorosos á la fama.
 Era el Diego Alguacil de los llegados
 Mas á su rey; y así, ocasion teniendo,
 Le dijo: «Serlo yo de enamorados,
 Como tú de nosotros, cierto entiendo,
 Pues con la fe y razon de mis cuidados
 El mas calificado pecho enciendo
 De cuanto mira el sol acá alumbrando,
 Y allá otro nuevo mundo visitando.
 »Como el lucero excede á las estrellas
 Cuando alegre anunciando la mañana
 Y como se aventaja del y dellas
 La casta y hermosísima Diana,
 Como el lucido Apolo en partes bellas
 Lleva la palma á su querida hermana,
 Así tambien la lleva mi señora
 A cuantas en la tierra están agora.
 »Es una proporción que hizo el cielo
 De forma y elementos concordantes,
 Una apurada imagen y modelo
 De cuantas mas hermosas fueron antes
 Si tal figura vieran en el suelo
 Zeusis, Lisipo, Apéles y Timántes,
 Solamente pudieran celebralla
 Con no acertar jamás á retratalla.

»Estas son, Rey, las señas conocidas
 Que mi lengua te da de aquel sugeto;
 Mas las gracias que en si tiene infundidas
 No sabe referillas mi conceto;
 No pueden mis palabras mal pulidas
 Hacerte relacion de lo perfeto,
 Ni aunque mi ingenio fuera peregrino,
 Alaballa supiera de condino.
 Asi hablaba aquel moro encendido,
 Que su encarecimiento vehemente
 A su señor causó por el oido
 El mal que de ver nace comunmente.
 ¡Oh Alguacil de ti mismo! Oh mal regalo!
 ¿No sabes que de amor el accidente
 Contagioso es, y que se pega
 Mas que el humor voraz que Francia niega?
 Del apetito hecho ya vasallo,
 De medios trata, y tanto se comide,
 Que, aunque pudiera como rey mandallo,
 Como rendido amante el vella pide;
 El primo no se atreve á rebusallo;
 Mas ¿quién á su Señor el gusto impide?
 Verdad es que esta vez el miedo pudo
 Mas que la adulacion herir de agudo.
 Resultó de la vista en lo primero
 Que el semblante de Zara ocasionado
 Sacó á Diego Alguacil por verdadero
 Y hizo á Abenhumeya enamorado.
 No de la piedra iman es el acero
 Por oculta virtud así tirado,
 Como del Rey allí los ciegos ojos,
 Y con ellos el alma y sus despojos.
 Cantó y bailó, tocando una vihuela,
 Con tal dulzura, talle, gracia y brio,
 Que no aplació danzando la mozueta
 En tanto grado á su padraastro impio;
 Y pareció que Vénus en su escuela
 Le concertó el donaire y atavio;
 Cúpido apriesa tira pasadores,
 Muere Alguacil de celo, el Rey de amores.
 El poder, que á los vicios da licencia,
 Redujo á la posada del tirano
 La viuda bella, mas por violencia
 Que por precio ó concierto afable y llano;
 Huye Alguacil sin seso ni paciencia,
 Y Zara llora con dolor insano,
 Amando mas al pobre amigo ausente
 Que al rico poseedor nuevo y presente.
 Blandas ofertas, dádivas crecidas,
 Autorizado fausto y halagüeno,
 Todo le da congojas desabridas,
 Todo se le presenta un vano sueño;
 ¡Oh amor, y cómo son obedecidas
 Tus leyes en el alma que eres dueño!
 ¿Qué absoluto poder es el que tienes
 En repartir tus males y tus bienes!
 Pueden las majestades y coronas,
 Sin tí, con absolutas potestades,
 Sujetar á su yugo las personas,
 Mas no jamás las libres voluntades;
 Porque estas solo tú las aficionas
 Con nudos tan validos de amistades,
 Que premio no permiten que se precie,
 Ni paga equivalente en otra especie.
 El mostrarse la mora descontenta,
 Al desdenado Rey mas indignaba
 Contra el huido primo, cuya afrenta
 Y muerte á todas horas procuraba;
 Mas ella por terceros larga cuenta
 De los secretos intimos le daba,
 Y él andaba con cien arcabuceros
 Agraviados tambien y bandoleros.
 Tenido pues aviso que á una empresa
 Los turcos iban, y por qué camino,
 Les iba ya á buscar; mas otra presa
 A las manos acaso se le vino,
 Y fué un correo que, picando apriesa,
 Llevaba escrito en liso pergamino
 Un despacho real; y así, le plugo
 Al rebelde Alguacil serle verdugo.

Es fácil de matar quien se confia;
 Y así, fué el mensajero luego muerto
 De aquel morisco, cuya compañía
 Segura imaginó por el desierto.
 Cometida la astuta alevosia,
 Y el cerrado despacho al punto abierto,
 Vióse que Abenhumeya lo enviaba
 Con letra que á Abenabo así hablaba:
 «Primo leal y amigo verdadero,
 Es nuestra voluntad que al punto y hora
 Que os alcance el presente mensajero
 Marcheis mientras el sol con otros mora;
 De tal manera, que antes que el lucero
 Anuncie la venida de la aurora,
 En Ferreira os halleis con vuestra gente,
 Y allí se os mandará lo conveniente.
 Mas Alguacil, celoso y con afanes
 De invidia y de temor de su enemigo,
 Usó el ardid que con los capitanes
 Del mal afortunado rey Rodrigo
 En Ceuta tuvo, para mas desmanes,
 El padre de la Cava, á quien maldigo.
 Estáme pues, lector, un poco atento,
 Y entenderás en suma todo el cuento.
 Era el morisco rey mal escribano,
 Y no bien en arabigo firmaba,
 Por lo cual para ello daba mano
 A un mozo si Mojájar se ausentaba;
 El cual era pariente muy cercano
 De Alguacil, y presente se hallaba,
 No menos agraviado y ofendido
 Que á traicion y venganza aperebido.
 Roto el despacho pues, este otro ordena
 Que al Alcaide amonesta de tal suerte:
 «Amado primo, que de la agarena
 Nacion el mas ilustre sois y fuerte,
 Sabed que á mi corona y fama buena
 Conviene que á esos turcos deis la muerte;
 Seráos despues la causa manifesta,
 Y sea la forma del efeto aquesta:
 «Aunque la escuridad esté vecina
 Cuando este mensajero os alcanzare,
 Marchad hasta alojaros en Micina
 Por el camino que se os antojare,
 Donde con maña y fuerza repentina,
 Cuando la noche á su mitad llegare,
 Cada huésped dé muerte acelerada
 Al turco que alojare en su posada.
 «Irá Diego Alguacil con otros ciento
 A daros en tal caso pronta ayuda;
 Mas el hecho acabado, en el momento
 Pasad por su cerviz la espada aguda.
 Tomado aquel edito fraudulento,
 Ligeró otro correo el paso muda,
 Y este fué aquel que, estando el dia al cabo,
 Alcanzó junto á Cádiar á Abenabo.
 Apenas el papel habia leído,
 Cuando Alguacil delante se presenta
 Con otra carta, que tambien fingido
 Habia de la plática sangrienta;
 Solo de sí no trata el fementido,
 Por hacer verisimil mas la cuenta.
 El engañado Alcaide, ardiendo en ira
 Sobre cada renglon brama y sospira.

CANTO XIII.

Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco combate á Nicó en el reino de Chipre. Su santidad y el Rey envían socorro. Llega á tiempo por tenelle las galeras muy contrario; y así, la vuelta sin efeto, sabida en el camino la triste nueva de Nicó.
 Llamamos fiasco al sexo femenino,
 Imperfecto, mudable y avariento,
 Atribuyendo solo al masculino
 Constancia, fortaleza y sufrimiento;
 Mas ya diversas veces contravino
 A la resolucion deste argumento
 La experiencia, que es madre fidedina
 De cuanto por verdad se determina.

Costosa y cara nos salió esta prueba
 Cuando á la transgresion del santo fuero
 Pudo inducir con sus razones Eva
 Al marido que Dios formó primero;
 De Dávida el ejemplo lo comprueba,
 Pues entregó el consorte invicto y fiero
 A que fuese ridiculos trofeos
 De los acobardados filisteos.
 ¿Quién dió principio á la cruel zizaña
 Que por injustos casos y violencia
 Rindió á los moros el poder de España,
 Sino fué una viril concupiscencia?
 Y ¿quién de Bruto provocó la saña
 Para lanzar de Roma la potencia
 De los Tarquinios, sino solo aquella
 Que fué en un mismo grado casta y bella?
 Dejo, por evitar cuento tan largo,
 Mil casos sucedidos desta guisa;
 Y así, á contar agora no me alargo
 La venganza de Dido la Fenisa,
 Ni el hecho que dió fin triste y amargo
 A Holofernes soberbio y su divisa;
 Pues bien lo dicho basta por consuelo
 Para su perdicion al reyezuelo.
 El amante de Zara, cauteloso,
 Viendo al Alcaide atónito y confuso,
 Usando en aquel trance de animoso,
 El fin de su intencion así propuso:
 «Cien hombres traigo aqui, Abdallá famoso,
 Para el atroz insulto que rehusó,
 Pues en ejecuciones insolentes
 No deben ser los hombres obedientes.
 «¿Qué crueldad se ha visto tan inmensa
 De fieras sin razon embravecidas?
 ¿Cómo tratar de que se haga ofensa
 A los que hoy mas defienden nuestras vidas?
 Y el duro corazon que lo dispensa,
 Haciendo sus maldades conocidas,
 Sin duda alguna nuestra sangre vende;
 Bien fuera de estí está quien no lo entiende.
 «Es este que nos busca desplaceres,
 Bueno en hablar, mas en obrar maldito;
 No hay vidas, no hay haciendas, no hay mujeres
 Para su crueldad, sed y apetito;
 Y si pronosticar sobre tí quierres,
 En los turcos verás tu daño escrito;
 En los turcos, que, en vez de galardonés,
 Les va ordenando muertes y traiciones.
 «Si con tiempo escarmientas en la ajena,
 Salvarás la cabeza y salud tuya,
 De aquella furia que jamás se enfrena,
 Y tanto fia en la malicia suya;
 No hay culpa cometida sin su pena,
 No hay humano poder á quien no arguya
 El temor, la amenaza ó el castigo,
 Sino á la presuncion deste enemigo.
 Las quejas del morisco lastimado
 Acrecentaron al airado pecho
 De Abenabo un ardor mas inflamado
 Con nuevas ansias y mayor despecho;
 Cnal suele el aire entre aros apremiado
 Dar en la fragua por canal estrecho,
 Haciendo que mas claro se parezca
 El fuego, y que sonando se embrevezca.
 Estaba á la verdad mas ofendido
 Su cuerpo que quizá alguno pensaba;
 Y así, con profundísimo gemido,
 Mesándose las barbas, se quejaba:
 «¡Oh Abenhumeya malo y fementido!
 De tí cuál otro premio se esperaba?
 Pues eres el tirano mas perverso
 De cuantos ha sufrido el universo.
 «Así traidor renuevas la esperanza
 Que mi enojosa vida sostenia,
 De tomar de mis danos la venganza,
 Por quién soy otro ya del que solia?
 Perdi cuando por tí tomé la lanza
 La mujer y los hijos que tenia,
 Y no parando aquí la mala suerte,
 Despues me dió á sentir trago mas fuerte.

»Cuando te fui á buscar desde Juhilés,
 Y mis adversos hados me entregaron
 A las crueles manos de hombres viles,
 Que inútil para siempre me dejaron,
 ¿Qué mas diré sino que las viriles
 Partes ferinamente me arrancaron;
 Y dejándome eunuco y sin sosiego,
 Se partieron de mí con burla y juego?»
 Al rüido y clamor de las querellas
 Que Abenabo sembraba blasfemando,
 Huzen y Carbaji por entendellas
 La causa se llegaron preguntando.
 El moro no les niega cosa dellas,
 Porque estos eran del turquesco bando
 Capitanes en armas señalados,
 Y en consejo por cuerdos reputados.
 Sabido el caso, alteráanse agramente,
 Y el autor del tratado cauteloso
 Sacó una confeccion que es de simiente
 De cáñamo con apio poderoso;
 De la cual usar suele aquella gente
 Para ir sin miedo al juego sanguinoso,
 Y tomado de noche, no hay belfeño
 Ni opio que infunda mas profundo sueño.
 Dijo que Abenhumeya se la diera
 Para que sobre cena se la diese
 A las cabezas, porque verdadera
 Imágen de su muerte el sueño fuese.
 Divúlgase el negocio, y cual si fuera
 Verdad, nadie faltó que lo creyese;
 Y conjúranse todos á una mano
 En dar la muerte al pérfido tirano.
 Así resueltos, marchan á la hora
 La vuelta de Andarax; mas á otra banda
 Conviene la atencion pasar agora,
 Conforme la razon lo quiere y manda.
 La furia de Selim, que á Chipre acora
 Muy adelante en los asedios anda;
 Atiende Nicosia á la defensa,
 Si habella puede á fuerza tan inmensa.
 Ya el crudo basilisco con bramido
 El cañon reforzado y cotebrina
 En el muro fortisimo y lucido
 Imprimian señales de ruina;
 Bien que el peligro claro y conocido
 Acrecentaba militar dotrina,
 En todos los que en ella no eran diestros;
 Que suelen los trabajos ser maestros.
 Piezas sesenta y seis fuegos lanzando,
 Baten apriesa la ciudad cuitada,
 De cuyas altas torres contrastando
 Está la gente ilustre baptizada;
 Los turcos artilleros, reforzando
 Sus tiros con mas carga de la usada,
 Hicieron reventar gruesos cañones
 A costa de sus mismos escudrones.
 Mas no por eso del batir urgente
 Desisten los crueles sola un hora,
 Ni cuando el sol á nos está presente,
 Ni cuando otro hemisferio ciñe y dora;
 Duerme el fiero animal, y la serpiente
 Reclina su cabeza eneñadora
 En la callada noche y tiempo oscuro,
 Que aun á los brutos da alivio seguro.
 Y en medio del silencio mas profundo
 Resnena por el aire tenebroso
 El salitrado azufre furibundo
 Con horrisono estruendo pavoroso;
 Parece que la máquina del mundo
 Se atierra y se reduce al fin penoso:
 Tal es la furia inmensa y la porfia
 De la mortal y brava artilleria.
 Aunque dentro la tierra bien defiende
 Nicolao, general del veneciano,
 Y al mas helado pecho y alma enciende
 A resistir con valerosa mano,
 Es tanta la pujanza con que ofende
 El que rige el ejército otomano,
 Que recelar hiciera al mas constante,
 Y vacilar murallas de diamante.